



unánimes

Estudios bíblicos

P: Carta a los Efesios

02.- Saludo, elección
y predestinación

Para comentarios y dudas: www.unanimes.org/foro/
25/06/2018



unánimes

Estudios Bíblicos

P.02.- Saludo, elección y predestinación

1. El texto

Efesios 1:1-6

Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso: Gracia y paz a vosotros de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él.

Por su amor, nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado.

2. Introducción

El argumento de Pablo está muy bien tratado y entrelazado en Efesios. A menudo se desarrolla en períodos largos y complicados que son difíciles de seguir. Si hemos de llegar a captar su significado de veras, hay pasajes en los que lo mejor que podemos hacer es leerlos primero en secciones bastante largas, que luego iremos separando convenientemente en otras más pequeñas para su estudio en detalle.

Según la costumbre de Pablo, la epístola se inicia con una salutación y termina con una bendición.

3. Inicio de la carta

Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso: Gracia y paz a vosotros de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.

3.1. Saludos al pueblo de Dios

Según la costumbre de Pablo, la epístola se inicia con una salutación y termina con una bendición. Al comienzo, Dios, por decirlo así, se hace presente en la iglesia reunida en adoración y exhala sobre ella su bendición. Permanece con ella durante todo el culto y luego se retira, pero no de la iglesia sino con la iglesia. No obstante, el que habla por medio de esta carta es Pablo mismo. Y por supuesto que no lo hace como quien copia un mensaje grabado. Efesios no es una cinta de transcribir ni

tampoco una grabación digital. Al contrario, es Pablo mismo que abre su corazón y prorrumpe en alabanzas y acciones de gracias.

Lo que escribe es en realidad el producto de su propia meditación y reflexión. Es a la vez la espontánea expresión de su corazón y un esmerado producto de su mente. El oro que brota de su corazón ha sido moldeado en una forma definida y (por qué no decirlo) artística por su mente. Pero tal corazón y mente se hallan tan perfectamente controlados por el Espíritu que las ideas expresadas y las palabras que les dan forma vienen a ser también (en un sentido, lo fueron, ante todo) las ideas y palabras del Espíritu Santo. De ahí que la palabra de Pablo es realmente la Palabra de Dios. Efesios, al igual que el resto de las Escrituras, es exhalada o inspirada de Dios.

El escritor de esta epístola recibió el nombre hebreo Saúl, en latín Paulus, en español Pablo (aquí, en el original, parece helenizado: Paulos). Pablo no es un mero particular que, habiendo concebido algo en su mente, desea darle expresión propia. No, él es, y quiere que los efesios sepan que es un apóstol de Cristo Jesús, y esto no en un sentido amplio solamente sino con el significado preciso y propio que corresponde a la palabra apóstol.

¿Acaso no recibió el llamado para el oficio directamente de Cristo? ¿Y no fueron las marcas de su pleno apostolado pródigamente evidentes a través de su vida y obra? Pertenece a Cristo, y le representa, y por eso el mensaje de Pablo es el mensaje de Cristo mismo. Cuando Pablo saluda a los efesios “el Padre y el Señor Jesucristo” están otorgando sus bendiciones sobre ellos.

3.2. ...por la voluntad de Dios...

Pablo prosigue, “*por la voluntad de Dios*”. El apóstol no ha llegado a este alto oficio por anhelo propio ni por usurpación ni siquiera por nominación de otros hombres sino por divina preparación, habiendo sido apartado y calificado por la actividad de la soberana voluntad de Dios.

3.3. ...a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso...

Como ya ha dado a conocer en forma más o menos detallada su nombre como escritor, el apóstol se torna ahora a los destinatarios. Escribe *a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso*. Tales santos son aquellos que el Señor ha apartado para que le glorifiquen, los consagrados, cuya tarea es proclamar las excelencias de Dios. La frase “*los santos y fieles*” constituye una unidad. Los mismos que han recibido el nombre de santos son llamados también fieles, puesto que los santos que son fieles a

su llamamiento ponen, indudablemente, su confianza en el Dios único y verdadero que se ha revelado a sí mismo en Cristo.

Pablo escribe al pueblo de Dios que se halla en Éfeso y sus alrededores. Los destinatarios son “en Cristo Jesús”, es decir, lo son en virtud de su unión con Él. Sin exagerar, esta frase podría considerarse como la más importante en todas las epístolas paulinas. Tal frase, o sus equivalentes (“en Él”, “en quien”, “en el amado”) o casi equivalente (“en el Señor”) aparece en nuestra epístola en varias partes a lo largo de los seis capítulos. También ocurre con mayor o menor frecuencia en otras epístolas de Pablo (excepto Tito). Si los santos eran considerados santos y creyentes, lo eran en virtud de su unión con Cristo, puesto que si reciben “toda bendición espiritual” lo es debido a su relación con Él. Aquí, en forma especial y básica, las bendiciones referidas son la elección antes de la fundación del mundo (1:4–6), la redención por medio de la sangre (1:7–12), la seguridad (“sellados”) como hijos y por lo tanto herederos (1:13, 14). Vemos claramente que esta es la interpretación que se adapta al contexto presente. Si no fuese por su conexión con Cristo, una relación muy cercana, tales personas no serían ahora santos y creyentes. Además, sus vidas en el presente se hallan centradas en Él. Para ellos “el vivir es Cristo”. Le aman ahora porque Él les amó primero.

3.4. El saludo

La propia salutación es la siguiente: *Gracia y paz a vosotros de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo*. De esta manera se pronuncia gracia sobre los santos de Éfeso. Esta palabra puede indicar a veces bondad, como cualidad o atributo de Dios o del Señor Jesucristo. Puede también ser descriptiva del estado de salvación y, en tercer lugar, la gratitud de los creyentes por la salvación recibida o por cualquier don de Dios. Pero en el caso presente se refiere indudablemente al espontáneo e inmerecido favor de Dios en acción, su amorosa y gratuita bondad en operación, la salvación concedida al pecador cargado de culpa. La gracia es la fuente. La paz pertenece al flujo de bendiciones espirituales que de esta fuente emanan. Esta paz es la sonrisa de Dios que se refleja en el corazón de los redimidos, la seguridad de la reconciliación mediante la sangre de Cristo, y la auténtica integridad y prosperidad espiritual. Es la gran bendición que Cristo otorga a la iglesia mediante su sacrificio expiatorio y que sobrepasa todo entendimiento.

Ahora bien, esta gracia y esta paz tienen su origen en Dios el Padre y han sido merecidas en favor del creyente por Aquel que es el gran Maestro-Propietario- Conquistador (“Señor”), Salvador (“Jesús”), y Oficial (“Cristo”) y quien, debido a su triple un-

ción—vale decir, Profeta, Sacerdote, Rey—“puede salvar hasta lo sumo a los que por medio de él se acercan a Dios”.

4. Doxología inicial

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo,

Pasando ahora al cuerpo de la carta, Pablo “bendice” a Dios por el Eterno Fundamento “en Cristo”, un fundamento que da como resultado “toda bendición espiritual” para los creyentes, para la alabanza de la gloria de Dios el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo.

La bondad, la verdad y la belleza se combinan en esta doxología inicial, en la cual el apóstol, por medio de palabras que son hermosas tanto por los pensamientos que expresan como por su artística presentación, derrama su alma en verdadera adoración por la bondad de Dios en efectiva actividad. Atribuye a Dios el honor debido por sus bendiciones espirituales pasadas (la elección), presentes (la redención), y futuras (certificación como hijos que han de tomar posesión total de la herencia reservada para ellos).

El apóstol comprende que las bendiciones divinas concedidas al pueblo de Dios deben ser reconocidas con humildad, gratitud, y entusiasmo tanto en pensamiento como en palabras y hechos. Tal respuesta es la única forma adecuada en que estas bendiciones espirituales pueden ser “devueltas” a su dador. El ciclo ha de ser completado: ¡Lo que proviene de Dios debe retornar a Él! Esto es lo que se quiere significar al decir, “Bendito (sea) ...”.

La oración que comenzó con “Bendito (sea)” avanza rodando como una bola de nieve por una pendiente, creciendo en volumen a medida que desciende. Sus 202 palabras, y los abundantes calificativos que ellas forman, ordenados como tejas en un techo o como peldaños en una escala, son como encabritados corceles que al ser liberados se lanzan a imponente velocidad. Juan Calvino dice:

“Los elevados términos con que él (Pablo) exalta la gracia de Dios hacia los efesios, tienen el propósito de excitar la gratitud en sus corazones, inflamarles, llenarles hasta que tal disposición sobrepase los bordes”.

El “ardiente corazón” de Pablo tiende también a inflamar a otros corazones con la sincera, humilde, y desbordante alabanza al “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”. Siendo que Jesús, además de ser Dios, era y es también hombre, y siendo que se dirige a la primera Persona de la Trinidad como “mi Dios”, es evidente que el título entero “El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” queda justificado. En cuanto al término “Padre”, es evidente que si el título “Dios de nuestro Señor Jesucristo” enfatiza su naturaleza humana, el de

“Padre de nuestro Señor Jesucristo” llama la atención a la divina naturaleza del Hijo, ya que en esta epístola profundamente trinitaria se hace referencia al Hijo, no en relación a su natividad sino en su conexión con la Trinidad, en la cual, el Amado, que aparece bajo diferentes nombres, es colocado al mismo nivel y se le menciona siempre en conjunto con el Padre y el Espíritu.

Cristo es el Hijo de Dios por generación eterna. Ahora bien, el hecho de llamar a la primera persona de la Santa Trinidad “El Padre de nuestro Señor Jesucristo” tiene un propósito muy práctico. En su calidad de Padre de nuestro Señor Jesucristo, Él es “El Padre de misericordia y Dios de toda consolación”. Es por conducto de Cristo que nos viene toda bendición espiritual desde el Padre. Y si Cristo es el “Hijo del amor de Dios”, entonces Dios debe ser el Padre de amor, el Padre amante. Es notable cómo esto acerca a Cristo al corazón del creyente, y no solamente a Cristo sino también al Padre. ¡Indudablemente Cristo y el Padre son Uno!

Pablo prosigue, *que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo*. El Padre bendice a sus hijos al derramar dones sobre ellos de tal modo que estas mercedes o experiencias, de cualquier naturaleza que sean, les ayudan a bien. Junto con los dones, se da a sí mismo.

Entendemos que no es verdad que el Antiguo Testamento considere los bienes materiales como de mayor valor que los espirituales, sin embargo, es verdad que entre los dos testamentos existe una diferencia de grado en cuanto a la complejidad de los detalles con que las bendiciones terrenales o físicas se describen.

Dios es por siempre el sabio pedagogo que toma a sus hijos de la mano y sabe que en la antigua dispensación, “cuando Israel era niño”, se necesitaba esta descripción circunstancial de los valores terrenales a fin de que, por medio de estos, a modo de símbolos, ellos podrían llegar a la justa apreciación de lo espiritual. El Nuevo Testamento, aunque de ninguna manera quita importancia a las bendiciones terrenales, pone todo su énfasis en lo espiritual, y bien pudo ser que para acentuar esta diferencia entre la antigua y la nueva dispensación, se declara aquí que el Padre de nuestro Señor Jesucristo nos ha bendecido con toda bendición espiritual.

Es mejor permitir al contexto indicar la naturaleza y el contenido de estas bendiciones. Aunque, seguramente, la Palabra toda claramente prueba que sería un error abstraerle aun el más pequeño de los dones invisibles de la lista de aquellos “vastos beneficios divinos que poseemos en Cristo”, no obstante el contexto indica que el apóstol está pensando especialmente en aquellos que se mencionan en el párrafo presente, a saber, elección (y su

acompañamiento, predestinación a la adopción), redención (implicando el perdón y la gracia sobreabundante en forma de toda sabiduría y discernimiento), y la certificación (“sellados”) como hijos y herederos.

La frase “en los lugares celestiales” o sencillamente “en los celestiales” indica que estas bendiciones espirituales son celestiales en cuanto a su origen, y que desde el cielo descienden a los santos y creyentes en la tierra.

El “en Cristo”, o su equivalente, aparece más de diez veces en este breve párrafo, que es clara evidencia del hecho que el apóstol considera a Cristo como el fundamento mismo de la iglesia, esto es, de todos sus beneficios, o su total salvación. Es en conexión con Cristo que los santos y creyentes en Éfeso (y en cualquier otro lugar) han sido bendecidos con toda bendición espiritual: la elección, la redención, y la certificación como hijos y herederos y todos los demás beneficios incluidos bajo estos encabezamientos. Fuera de Él no solamente nada pueden hacer sino que nada son, vale decir, equivalen a nada en el sentido espiritual.

5. La elección

...según nos escogió en él antes de la fundación del mundo para que fuéramos santos y sin mancha delante de él.

Analicemos con detalle este importante tema de la elección cuya doctrina es base fundamental del calvinismo y punto de discordia con los arminianos.

5.1. Su autor

El autor es “El Dios y Padre nuestro Señor Jesucristo”, según se ha indicado ya. Por supuesto que esto en ninguna manera invalida el hecho de que todas las actividades que afectan las relaciones extra-trinitarias puedan atribuirse al Padre, Hijo y Espíritu Santo. Sin embargo, según se muestra aquí, es el Padre quien tiene la dirección en la obra divina de la elección.

5.2. Su naturaleza

Elegir significa tomar o escoger algo (para sí mismo). Aunque el pasaje mismo no indica en forma definida la masa de objetos o individuos de entre los cuales el Padre elige a algunos, no obstante, este inmenso grupo queda definido claramente por medio de la cláusula de propósito “para que fuésemos santos e irreprochables delante de él”. En consecuencia, aquella extensa masa de individuos de entre los cuales el Padre elige a algunos, se considera aquí como carente de santidad y vil. Tal interpretación se ajusta al contexto. Provee una de las razones que explican por qué el alma del apóstol está llena de tal entusiasmo que dice “Bendito (sea) el Dios y Padre de nues-

tro Señor Jesucristo, que ... nos escogió”. Quiere decir: nosotros ¡totalmente indignos ante su presencia! No trata de dar explicaciones de cómo es posible para Dios hacerlo. Se da cuenta perfectamente que cuando el hombre se enfrenta a tal manifestación de maravillosa gracia, la única respuesta adecuada es adoración y no el entrar en explicaciones.

5.3. El sujeto

El sujeto es “nosotros”, no todos los seres humanos. Este pronombre “nosotros” ha de ser entendido a la luz de su contexto. Pablo está escribiendo esta carta a “santos y creyentes”. Dice que el Padre nos ha bendecido a “nosotros”, esto es, “todos los santos y creyentes” (en este caso la referencia específica es a los que están en Éfeso) incluyendo a Pablo. Por esto entonces, cuando el apóstol prosigue, “según nos escogió”, este “nos” no puede repentinamente referirse a todos los hombres sin distinción, sino que debe referirse necesariamente a todos aquellos que son (o que han sido destinados para que en algún tiempo de la historia del mundo sean) “santos y creyentes”; vale decir, a todos los que, habiendo sido separados por el Señor para que le glorifiquen, se rinden a Él por medio de una fe viva.

5.4. Su fundamento

El fundamento de la iglesia, de toda su salvación desde el principio hasta el fin, y por supuesto de su elección, es Cristo. Pablo dice “El (“el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”) nos eligió en él”. Podríamos hacer resaltar esto con la siguiente traducción, “Dios el Padre nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él ...” En otras palabras, en un punto del tiempo Dios nos bendijo en Cristo de acuerdo a la elección que hizo de nosotros desde la eternidad en él (en Cristo). La enseñanza de Pablo es que la elección desde la eternidad y los pasos subsecuentes en el orden de la salvación no han de ser considerados como detalles independientes uno del otro sino como eslabones de una cadena de oro, según se ve bien claro en su carta a los Romanos:

Romanos 8:28-30

Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. A los que antes conoció, también los predestinó para que fueran hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó.

La elección, entonces, es la raíz de todas las bendiciones subsecuentes. En consecuencia, partiendo de la base que la elección es desde la eternidad, que también es la

raíz de todas las bendiciones que siguen, y que además es “en él”, Cristo no sólo es el fundamento de la iglesia sino el fundamento eterno.

Ahora viene a la mente la pregunta, “¿Cómo se ha de entender el que los santos y creyentes han sido elegidos en Cristo?” La contestación que se da a menudo es la siguiente: fue determinado en el consejo de Dios que en algún punto del tiempo estas personas llegarían a creer en Cristo. Aunque, indudablemente, esto se halla también implicado, sin embargo, no es respuesta suficiente y no hace justicia a todo lo que Pablo y otros escritores inspirados enseñaron con respecto a este importante punto. La respuesta básica debe ser que desde antes de la fundación del mundo Cristo fue el representante y el fiador de todos los que en algún punto del tiempo serían recogidos en el redil. Esto fue necesario, puesto que la elección no es una abrogación de los atributos divinos.

Ya se ha establecido que en el trasfondo del decreto divino se halla el funesto hecho de que a los elegidos se les ha considerado desde el comienzo mismo enteramente indignos, envueltos en ruina y perdición. Ahora bien, el pecado tiene que ser castigado. Las demandas de la santa ley de Dios deben ser satisfechas. El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo no deja de lado la justicia ni cancela las demandas de su ley. ¿Cómo puede ser entonces posible para Dios otorgar tan grande, gloriosa, y fundamental bendición como lo es la elección a “los hijos de ira”, y aun hacer esto sin que vaya en desmedro de su naturaleza misma y la inviolabilidad de su santa ley? Se responde que esto es posible debido a la promesa del Hijo (en completo acuerdo con el Padre y el Espíritu), “He aquí yo vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío; y tu ley está en medio de mi corazón”.

“En Cristo”, entonces, los santos y creyentes, aunque inicialmente y por naturaleza totalmente indignos, son justos ante la presencia misma de Dios, ya que Cristo prometió que Él satisfaría todas las exigencias de la ley en lugar de ellos, promesa que tuvo su total cumplimiento. Esta justicia forense es fundamental para todas las demás bendiciones espirituales.

5.5. Su tiempo

Se dice que esta elección tuvo lugar “antes de la fundación del mundo”. Esto es, “desde la eternidad”. Además, habiendo ocurrido “en él”, todo se presenta ante nuestra vista enteramente razonable, puesto que él es “Aquel cuya preciosa sangre como la de un cordero sin defecto e inmaculado”, era “conocida aun antes de la fundación del mundo”.

La inmutabilidad del plan eterno de Dios con respecto a sus elegidos no fue una invención paulina. Fue enseñanza de Jesús mismo. Fue Él quien se refirió a aquellos que amó como los que le fueron dados:

Juan 6:39

Y la voluntad del Padre, que me envió, es que no pierda yo nada de todo lo que él me da, sino que lo resucite en el día final.

Juan 6:44

Nadie puede venir a mí, si el Padre, que me envió, no lo atrae; y yo lo resucitaré en el día final.

El hecho de que haya hecho la promesa de su sacrificio expiatorio por ellos desde la eternidad puede ser con toda probabilidad un elemento que haya entrado en el amor del Padre por Él; las palabras de la oración intercesora registradas en el evangelio de Juan capítulo 17 son evidentes:

Juan 17:24

Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo esté, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado, pues me has amado desde antes de la fundación del mundo.

En este y similares pasajes se ve al universo como un edificio y su creación como la colocación del fundamento de todo el edificio.

El punto que debe ser enfatizado en relación a esto es el hecho de que, si ya antes de la fundación del mundo los que estaban destinados para vida eterna habían sido elegidos, luego toda la gloria de su salvación pertenece a Dios, y a Él solamente. Por eso que, “¡Bendito (sea) el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo!”.

5.6. Su propósito

El propósito de la elección lo hallamos en las palabras, para que fuésemos santos e irrepreensibles delante de Él. Es digno de especial consideración que Pablo no dice, “El Padre nos eligió porque supo de antemano que seríamos santos”, etc. Dice, “para (o: a fin de que) fuésemos santos”, etc. La elección no fue condicionada a méritos vistos de antemano ni siquiera a una fe conocida de antemano. ¡La elección es la raíz de la salvación y no su fruto!

Sin embargo, queda en claro que no se disminuye ni un ápice la responsabilidad propia y la auto actividad del hombre. Cuando el decreto divino para salvación se lleva históricamente a cabo en la vida de algún individuo, no es por medio de presión externa. Motiva, capacita, actúa.

Según el propósito que ya se ha establecido, es evidente que la elección no conduce al hombre solamente hasta medio camino; le lleva hasta el final. No solamente le guía a la conversión; además, hasta la perfección. Se propone hacerle santo—es decir, limpio de todo pecado y separado enteramente para Dios y su servicio—e irreprochable—esto es, sin mancha alguna, como un sacrificio perfecto. Esta, y nada menos, es la meta consciente de aquellos en cuyos corazones Dios ha comenzado a operar con su plan de eterna elección. Es la meta de los creyentes en esta vida presente y llegará a su total realización en el más allá.

La absoluta e inmutable perfección de la meta ética recibe un énfasis adicional por medio de la frase “delante de él”, es decir, delante de Dios en Cristo. Lo que más importa no es lo que somos ante la opinión de los hombres sino lo que somos en los ojos de Dios.

6. La predestinación

Por su amor, nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado.

Una descripción ampliada de la elección, indicando la forma que toma, se halla en las palabras, *nos predestinó para ser adoptados hijos suyos*.

Esta predestinación no ha de considerarse como una actividad divina previa a la elección. Es el sinónimo de esta última, una aclaración adicional de su propósito. Al Padre se le describe como habiendo prefijado el horizonte o circunscrito a sus elegidos. En su amor ilimitado, sin que existiese causa alguna aparte de sí mismo, les separó para que fuesen sus propios hijos. “Como las montañas están alrededor de Jerusalén, así Jehová está alrededor de su pueblo”. Les destinó para que fuesen miembros de su propia familia.

Es casi inútil buscar analogías humanas, ya que la adopción a la cual Pablo se refiere es superior a cualquier cosa que ocurra en la tierra. Concede a los que son objetos de ella no solamente un nuevo nombre, una nueva condición legal, y una nueva relación familiar, sino también una nueva imagen, la imagen de Cristo. Los padres terrestres pueden adoptar niños y amarlos en gran manera; sin embargo, no les es posible impartir a ellos su espíritu como quisieran. No son dueños de los factores hereditarios. ¡Cuando Dios adopta, imparte a la vez su Espíritu! Esta adopción se lleva a cabo por medio de Jesucristo para sí mismo. Tal adopción llega a ser una realidad mediante la obra de Cristo. Es por los méritos de su expiación que los elegidos reciben su nueva condición y también son transformados al es-

píritu de filiación. Así, llegan a ser hijos de Dios para Su glorificación y así lo explica el apóstol en su Carta a los Romanos:

Romanos 8:14-15

Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios, pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: «¡Abba, Padre!».

El modificativo “según el beneplácito de su voluntad” no solamente se ajusta al contexto inmediato (“para sí mismo”), sino que también armoniza en forma excelente con las palabras “habiéndonos en amor predestinado”. Cuando el Padre eligió un pueblo para sí mismo, decidiendo adoptarles como hijos propios, fue motivado únicamente por el amor. Por eso no fue esto resultado de una simple determinación sino un acto de supremo deleite.

Esta elección, que se describe como una predestinación para ser adoptados como hijos, es para alabanza de la gloria de su gracia (del Padre). Este es el propósito final. El designio inmediato (o intermedio) ha sido ya mencionado, a saber, “para que fuésemos santos e irrepreensibles delante de él”, y siguiendo en la misma línea, para que recibiésemos “la adopción de hijos”. La meta final, hacia la cual todo lo demás contribuye, es el reconocimiento con adoración (“alabanza”) de la excelencia manifestada (“gloria”) en favor de los indignos (“gracia”) de aquel a quien se le llama “el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”.

Se observa claramente que ahora el énfasis se dirige en forma especial hacia aquella maravillosa gracia. Fue la extasiada contemplación de aquel amor concedido tan espontáneamente en favor de los que se describen como perdidos en pecado y arruinados lo que mueve al alma del apóstol a exclamar, “Bendito (sea) el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”. Tal exclamación, además, era genuina.

Los paganos a veces también dan alabanzas y atribuyen honor a sus dioses, pero en el caso de ellos la motivación es totalmente diferente. Lo hacen para calmar la ira de sus dioses o para obtener algún favor. De modo que tal alabanza tiene finalmente como objeto al hombre mismo y no al dios a quien pretende honrar. Se asemeja a la ofrenda de Caín que fue inaceptable para Dios.

Aquí en Efesios, sin embargo, al final de cada párrafo hallamos adoración auténtica, una adoración que no solo brota al contemplar el propósito divino de salvar al hombre, sino que además incluye la ofrenda de acción de gracias presentada a Dios por su siervo Pablo, cuyo corazón se halla en armonía con el propósito de su Hacedor-Redentor.

Es perfectamente natural que la gracia de “el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” estuviese centrada en el Amado. De ahí que Pablo continúa, *con la cual nos hizo aceptos en el Amado*. Cuando el Padre imparte un favor, lo hace con alegría de corazón, sin restricción. Además, su don alcanza al corazón mismo del que lo recibe efectuando una transformación. Si el Padre, en forma tan generosa derrama su gracia sobre nosotros, es, por supuesto y según ya se ha explicado, únicamente en conexión con el Hijo. Al Hijo se le llama aquí “el Amado”, “el Hijo de su amor”.

Siendo que Cristo por medio de su muerte mereció para nosotros toda bendición espiritual, y por tanto desea para nosotros tales bienes, y siendo también que el Padre ama al Hijo, resulta perfectamente razonable que, en consideración al Amado, el Padre nos conceda con agrado todo lo que nos es necesario. A esto debemos agregar el hecho de que el Padre mismo dio a su Hijo con este fin. Por tanto, “El que ni aun a su propio Hijo perdonó, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de dar también de pura gracia todas las cosas juntamente con él?” afirma el apóstol en la carta a los Romanos.

Se dice a menudo que Cristo es el amado del Padre porque siempre le obedeció en todo. Esto, desde luego, es verídico y bíblico. Sin embargo, es necesario puntualizar en conexión a esto que lo que evocó el amor del Padre era especialmente la calidad de la obediencia. Sabiendo el Hijo lo que agrada al Padre y está en armonía con su voluntad, no espera que el Padre le diera la orden de hacer esto o lo otro, sino que de buen grado se ofrece a sí mismo. Se presenta voluntariamente para realizar los deseos del Padre. Jamás es pasivo, ni aun en su muerte, sino que pone su vida. “Por esto el Padre me ama, por cuanto yo pongo mi vida para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que la pongo de mí mismo. Poder tengo para ponerla, y poder tengo para volverla a tomar”, dice el Señor en el capítulo 10 del Evangelio de Juan.

Es este maravilloso deleite de parte del Hijo para hacer la voluntad del Padre y de esta manera salvar a su pueblo aun al alto precio de su vida, sí, “y muerte de cruz”, lo que mueve al Padre a exclamar vez tras vez, “Este es mi Hijo amado”. Verdaderamente ya el Padre había proferido tal exclamación “antes de la fundación del mundo”.

7. Conclusión

En Efesios Pablo piensa en el hecho de la elección de Dios. Pablo no pensaba nunca que había sido él el que había escogido hacer la obra de Dios. Siempre pensó que había sido Dios quien le había escogido a él. Jesús les dijo a Sus discípulos:

Juan 15:16

No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros.

Aquí es donde está precisamente la maravilla. No sería tan maravilloso si fuera el hombre el que escogiera a Dios; la maravilla es que Dios escoja al hombre.

Pablo además piensa en la generosidad de la elección de Dios. Dios nos escogió para bendecirnos con las bendiciones que no se pueden encontrar nada más que en el Cielo. Hay ciertas cosas que una persona puede descubrir por sí misma; pero hay otras que están totalmente fuera de su capacidad. Una persona puede adquirir por sí misma una cierta habilidad; puede llegar a una cierta posición; puede poseer una cierta cantidad de bienes de este mundo; pero, por sí misma, nunca puede alcanzar la bondad y la paz interior. Dios nos escogió para darnos esas cosas que solo Él puede dar.

Pablo también piensa en el propósito de la elección de Dios. Dios nos escogió para que fuéramos santos e irreprochables. Aquí tenemos dos grandes palabras. Santo es en griego “hagios”, que siempre conlleva la idea de diferencia y de separación. Un templo es santo porque es diferente de los otros edificios; un sacerdote es santo porque es diferente de las demás personas; una víctima es santa porque es diferente de los otros animales; Dios es supremamente santo porque es supremamente diferente de todas las criaturas. Así que Dios escogió a los cristianos para que fueran diferentes de las demás personas.

Aquí tenemos un desafío que las iglesias modernas se resisten a aceptar. En la Iglesia original, los cristianos no tenían la menor duda de que tenían que ser diferentes de la gente, del mundo. De hecho, sabían que tenían que ser tan diferentes que lo más probable sería que el mundo los odiara y hasta quisiera acabar con ellos. Pero la tendencia de las iglesias modernas es difuminar su diferencia con el mundo. De hecho, muchas veces se les dice a los creyentes: «Mientras vivas una vida decente y respetable, está bien que seas miembro de iglesia y que te consideres cristiano. No tienes por qué ser tan diferente de las demás personas.» De hecho, a un cristiano se le debería poder distinguir siempre en el mundo.

Tenemos que recordar siempre que esta diferencia en la que Cristo insiste no es la que saca a una persona del mundo; le hacen diferente dentro de él. Debería ser posible identificar al cristiano en la escuela, la tienda, la fábrica, el hospital, en cualquier sitio. Y la diferencia está en que el cristiano se comporta, no de acuerdo con las normas humanas, sino como le exige la ley de Cristo.